

## LA GRACIA DE PASCUA

7º- 8º

"La Gracia de Pascua" se relacionaba con la tradición de que, en la noche de Pascua en Roma, se encendía una gran vela, y mientras esta ardía, el emperador concedía clemencia a cualquiera que confesara voluntariamente un delito digno de muerte.

Además, estaba prohibido, bajo pena de muerte, impedir que alguien que invocara La Gracia de Pascua viajara a Roma. Sin embargo, nadie podía acercarse a la vela si su delito ya estaba siendo juzgado o había sido probado, por lo que para obtener La Gracia de Pascua se requería una confesión completamente voluntaria.

Antonia había abandonado la casa de su esposo, Cesario, después de una disputa conyugal con sus padres. Cesario reflexionó durante varios días y luego redactó una acusación, que firmó y selló con su nombre.

En ella describía las acciones de su esposa y añadía que, por respeto al nombre del emperador, no le había impedido viajar a Roma, aunque era evidente que ella pretendía abusar de La Gracia de Pascua.

Según él, ella había decidido invocar La Gracia sólo después de que su madre la convenciera, a pesar de que él ya le había demostrado sus faltas, las cuales ella seguía negando.

*"Creo", escribió, "que es necesario que el emperador conozca estos hechos para que decida si la concesión de la Gracia Pascual es apropiada en este caso".*

Con este documento, Cesario viajó a Roma y asistió a la vigilia de Pascua en la iglesia de San Juan Bautista en Letrán, conocida como la madre de todas las iglesias.

Llegó muy temprano y se aseguró un lugar cerca de donde se encontraba la Vela de la Gracia, aún sin encender, frente al trono imperial. Temía que más tarde, debido a la multitud, no pudiera acercarse.

Cerca de allí también estaba la mesa del escribano imperial, quien entregaba los documentos de Gracia y registraba los nombres de los transgresores en un libro.

La iglesia estaba poco iluminada, y la penumbra aumentaba la ansiedad de Cesario.

Finalmente, las últimas velas de la iglesia se encendieron, y el coro entró cantando, seguido por el emperador y sus principales paladines. En la oscuridad casi total, sólo se veía la pequeña llama en la mano del diácono que lideraba la procesión.

Todo siguió los ritos habituales hasta que la gran vela de Pascua fue encendida. La proclamación de la Resurrección resonó en la iglesia, y el fuego de la vela se extendió de una luz a otra, iluminando toda la iglesia con un resplandor de alabanza pascual.

Sólo la Vela de la Gracia permanecía sin encender.

Al finalizar la misa, el emperador se levantó de su trono y, vestido con su manto dorado, se acercó a la vela de Pascua. Tomó fuego con una astilla de madera aromática y, sosteniéndola en alto, encendió la Vela de la Gracia como señal de que ejercería su clemencia desde la riqueza de la Gracia del Resucitado.

En ese momento, se abrió una puerta lateral, y desde el oscuro patio del palacio entró una larga fila de transgresores. Caminaban en parejas, y entre ellos había un niño huérfano de siete años que sólo había robado medio kilo de pasteles de miel. Los clérigos y el emperador sonrieron, y este ordenó que el nombre del niño fuera registrado para que se le cuidara y se le diera un puesto en la administración imperial.

Uno por uno, los solicitantes de Gracia colocaban su mano derecha sobre la vela y decían su confesión, algunos en voz alta, otros con temor. Luego se acercaban a la mesa del escribano y salían por otra puerta. Entre ellos había perjuros, asesinos, falsificadores, infanticidas, ladrones de iglesias, bandidos y falsificadores de moneda. Algunos temían que la vela se consumiera antes de que les llegara su turno, pero la vela era gruesa como un tronco y alta como un mulo, y sólo se había consumido parcialmente.

Cesario sostenía el rollo de la acusación en la mano y observaba la fila de penitentes. Aún no había visto a Antonia. Ella apareció al final, como si hubiera dudado antes de salir de la oscuridad de las columnas. Su presencia causó murmullos en la iglesia, ya que su cabello dorado brillaba bajo la luz de la iglesia. Incluso el emperador y los clérigos la miraron.

Antonia, vestida con su traje de penitente, levantó los ojos hacia el emperador y colocó lentamente su mano en la vela. La iglesia estaba en silencio, y cada una de sus palabras se escuchó claramente, aunque hablaba con voz temblorosa.

Cesario, que estaba apartado para no ser visto por Antonia, temblaba y apretaba el rollo de la acusación como si fuera un pasamanos.

Antonia se acusó de adulterio con aquellos hombres que le habían gustado antes de que Cesario comenzara su viaje. Esto causó murmullos, y ella, confundida, miró fijamente la vela roja. Vio cómo la Cera roja exterior se derretía y recordó las horas iluminadas por velas en las que había traicionado a su esposo.

La Cera de la Vela de la Gracia formaba varias figuras, y ella vio la figura de su esposo. Y vio a aquellos hombres disparado flechas hacia ella, y las lágrimas le corrían por los ojos, lentamente.

Ella se detuvo en su confesión, sus rodillas flaquearon, y hubo un momento de silencio. Luego gritó:

*-"He pecado en la Cera. No me corresponde pedir clemencia en la Cera".*

Sin soltar la vela, inclinó la cabeza y apagó la llama. La multitud se sobresaltó. Antonia no se dio cuenta. Pálida, con los ojos cerrados, continuó con su confesión, pero ahora con una voz muy fuerte, y la gente en la iglesia se horrorizó, aunque habían creído que ya estaban endurecidos por todo lo que habían escuchado de los otros transgresores.

Hubo movimiento, empujones y pasos rápidos, y también se escucharon exclamaciones de asombro y consternación. Antonia no lo oyó.

*-“Con todo esto he manchado mi alma”, dijo ella cuando terminó su confesión de culpa.*

*-“Por eso he apagado la vela, porque sé bien que la Gracia pascual sólo puede ser concedida mientras la vela está encendida”.*

Con esto, calló y abrió los ojos. La vela estaba encendida. Ante ella, en el suelo, algo se consumía, y de ello se elevaba un fino humo. Cesario estaba a su lado.

Entonces se escuchó la severa voz del emperador, que preguntó:

*-“¿Quién eres tú, y cómo te atreviste a usurpar mi derecho imperial y a encender de nuevo mi Vela de Gracia?”.*

Cesario respondió:

*-“Soy el caballero Cesario de Siracusa y el esposo de esta mujer, Antonia. El papel con el que tomé el fuego de la vela pascual era la acusación que escribí contra ella”.*

El emperador dijo:

*-“Has actuado correctamente. Porque queremos amar a las almas manchadas; amarlas como Dios las ama”.*

Aportación de Joachim Brühl